

GEOFFREY PARKER

EL SIGLO MALDITO

CLIMA, GUERRAS
Y CATÁSTROFES EN EL SIGLO XVII



GEOFFREY PARKER

EL SIGLO MALDITO

Clima, guerra y catástrofe en el siglo XVII

Traducción de Victoria Gordo del Rey y Jesús Cuéllar

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| <i>Prólogo. ¿Alguien dijo «cambio climático»?</i> | 13 |
| <i>Introducción. La Pequeña Edad de Hielo y la Crisis General</i> | 21 |
| PRIMERA PARTE: LA PLACENTA DE LA CRISIS | |
| 1. La Pequeña Edad de Hielo | 41 |
| 2. La Crisis General | 78 |
| 3. «El hambre es el mayor enemigo»: el núcleo de la Crisis | 125 |
| 4. «Un tercio del mundo ha muerto»: sobrevivir en el siglo XVII | 158 |
| SEGUNDA PARTE: SOPORTAR LA CRISIS | |
| 5. La «Gran Empresa» en China, 1618-1684 | 215 |
| 6. «La gran convulsión»: Rusia y la Mancomunidad Polaco-Lituana, 1618-1686 | 275 |
| 7. La «Tragedia Otomana», 1618-1683 | 330 |
| 8. <i>Las lamentaciones de Alemania</i> y sus vecinos, 1618-1688 | 372 |
| 9. La agonía de la península Ibérica, 1618-1689 | 443 |
| 10. Francia en crisis, 1618-1688 | 503 |
| 11. La Monarquía Estuardo: el camino hacia la guerra civil, 1603-1642 | 555 |

| | |
|--|------|
| 12. Gran Bretaña e Irlanda, de la guerra civil a la revolución, 1642-1689 | 612 |
| TERCERA PARTE: SOBREVIVIR A LA CRISIS | |
| 13. Los mogoles y sus vecinos | 675 |
| 14. Bandera roja sobre Italia | 710 |
| 15. Los «continentes oscuros»: América, África y Australia | 749 |
| 16. Un acierto: el Japón Tokugawa en sus inicios | 810 |
| CUARTA PARTE: ENFRENTÁNDOSE A LA CRISIS | |
| 17. «Quienes no tienen medios de vida»: parámetros de la resistencia popular | 853 |
| 18. Los que están deseando «que se produzca un cambio»: aristócratas, intelectuales, religiosos y «gentes sucias y sin nombre» | 894 |
| 19. Gentes de creencias heterodoxas que «se unirán a cualquiera que las llame»: la propagación de la revolución | 939 |
| QUINTA PARTE: MÁS ALLÁ DE LA CRISIS | |
| 20. Cómo escapar a la Crisis | 989 |
| 21. Del Estado belicoso al Estado de bienestar | 1023 |
| 22. La gran divergencia | 1073 |
| <i>Conclusión. Anatomía de la Crisis</i> | 1115 |
| <i>Epílogo. Es el clima, estúpido</i> | 1145 |
| <i>Cronología de los principales acontecimientos de la Crisis General, 1618-1688</i> | 1165 |
| <i>Agradecimientos</i> | 1171 |
| <i>Convenciones</i> | 1177 |
| <i>Fuentes y bibliografía</i> | 1179 |
| <i>Abreviaturas utilizadas en las notas y la bibliografía</i> | 1187 |
| <i>Notas</i> | 1191 |
| <i>Bibliografía</i> | 1357 |
| <i>Listado de láminas y figuras</i> | 1449 |
| <i>Índice alfabético</i> | 1453 |

El filósofo y escritor francés Voltaire fue el primero en reflexionar sobre una crisis global en el siglo xvii. Su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones, y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*, escrito en la década de 1740 para su amigo, el marqués de Châtelet (quien, pese a tratarse de un eminente matemático, encontraba aburrida la historia), sitúa las guerras y rebeliones de un siglo antes dentro de un marco global. Así, tras describir el asesinato del sultán otomano en 1648, Voltaire se apresura a comentar:

Este desdichado momento para Ibrahim fue desdichado para todos los monarcas. El Sacro Imperio Romano se vio sacudido por la famosa guerra de los Treinta Años. La guerra civil devastó Francia y obligó a la madre de Luis XIV a huir con sus hijos de la capital. En Londres, Carlos I fue condenado a muerte por sus propios súbditos. Felipe IV, rey de España, tras haber perdido todas sus posesiones en Asia, perdió también Portugal.

Voltaire prosigue analizando las trayectorias de Cromwell en Inglaterra, Li Zicheng en China, Aurangzeb en la India y otros que tomaron el poder por la fuerza, para concluir que la época de mediados del siglo xvii había sido «un período de usurpaciones casi desde un extremo al otro del mundo».¹

El *Ensayo* de Voltaire hacía repetidamente hincapié en la di-

mención global de la crisis: «En la oleada de revoluciones que hemos visto de un extremo del universo al otro, la gente parece haberse visto arrastrada a ellas por una secuencia fatal de acontecimientos, al igual que el viento levanta la arena y las olas. Los sucesos de Japón ofrecen otro ejemplo...» Al final, temiendo que el marqués de todas formas encontrara aburridos sus 174 capítulos y 800 páginas de «ejemplos», resumió su análisis en una sola frase: «Tres cosas ejercen una influencia constante sobre la mente de los hombres: el clima, el gobierno y la religión.» Tomadas en conjunto, afirmaba Voltaire, estas tres cosas constituyen «la única manera de explicar el enigma de este mundo». Dos décadas después, Voltaire releyó su *Ensayo* y añadió una serie de «Notas», incluyendo una cuarta «cosa» que, según él creía entonces, podía «reconciliar lo que era irreconciliable y explicar lo inexplicable» de la historia humana: los cambios en el tamaño de la población.²

La visión global de Voltaire ha atraído a pocos imitadores. Aunque muchos historiadores posteriores han proporcionado relatos repletos de hechos sobre «gobierno y religión» en el siglo XVII, hasta muy recientemente han sido pocos los que han apuntado a las tendencias demográficas y casi ninguno ha tenido en cuenta la influencia del clima. No obstante, algunos estudios recientes llevados a cabo por demógrafos y climatólogos sugieren que, en torno a 1618, cuando la población humana del hemisferio norte era más numerosa que nunca hasta ese momento, la temperatura media global empezó a descender, produciendo hechos climáticos extremos, cosechas desastrosas y frecuentes epidemias. Los sistemas demográficos humanos rara vez pueden adaptarse a estos acontecimientos adversos y, sin embargo, en lugar de buscar maneras de mitigar los desastres naturales y salvar vidas, la mayoría de los gobiernos de todo el mundo agravó la situación continuando con sus mismas políticas de siempre, sobre todo, con sus guerras. Estos diversos factores naturales y humanos constituyeron una «placenta» que sirvió para alimentar una catástrofe global. Pese a que en sí misma no constituya una catástrofe, un examen de esta placenta explica por qué la catástrofe duró dos generaciones, mató a un tercio de la población humana y transformó el mundo que habitaron sus supervivientes.³

LA PEQUEÑA EDAD DE HIELO¹

«Una extraña y asombrosa sucesión de cambios en la meteorología»

En 1614, Renward Cysat, botánico, archivista e historiador de la ciudad de Lucerna, Suiza, comenzó una nueva sección de su crónica, titulada «Las estaciones del año», porque «los últimos años han sido testigos de una extraña y asombrosa sucesión de cambios en la meteorología». Así que decidió

... registrar estos cambios como servicio y favor a las generaciones venideras, ya que, desafortunadamente, por culpa de nuestros pecados, estos últimos años han resultado más rigurosos y crudos y hemos asistido a un deterioro entre los seres vivos, no sólo en el mundo humano y animal, sino también en las cosechas y la producción de la tierra.²

Cysat tenía razón, «una extraña y asombrosa sucesión de cambios en la meteorología» se había iniciado en todo el orbe, y continuaría durante casi un siglo. En África occidental, los registros de 1614 a 1619 revelan una prolongada sequía tanto para Angola como para el Sahel (la franja semiárida de sabana al sur del Sahara que se extiende desde el océano Atlántico al mar Rojo). En Europa, Cataluña sufrió «lo any del diluvi» en 1617: tras un

mes de continuas lluvias, un aguacero final de cuatro días causó inundaciones que arrasaron puentes, molinos, obras de drenaje, casas e incluso murallas de ciudades. Toda Europa experimentó un invierno inusualmente frío en 1620-1621: muchos ríos se congelaron tanto que durante tres meses pudieron aguantar el peso de carros con carga y, lo que es aún más llamativo, el Bósforo se heló hasta el punto de que la gente podía cruzar entre Europa y Asia caminando sobre el hielo (una anomalía climática al parecer única).³

Otras partes del hemisferio norte también experimentaron una meteorología anormal. Japón soportó su primavera más fría del siglo XVII en 1616; mientras que las gacetas chinas registraron una nevada abundante en 1618 en la subtropical Fujian (algo casi tan raro como que se congele el Bósforo). Cuatro provincias registraron un crudo invierno en 1620 y cuatro más en 1621. En las Américas, la sequía asoló el valle de México durante cinco años de seis entre 1616 y 1621, y redujo las cosechas en la cuenca de Chesapeake hasta tal punto que la nueva colonia de Virginia casi tocó fondo. Tras seis cosechas mejores, el verano de 1627 fue el más húmedo registrado en Europa durante quinientos años, mientras que 1628 fue un «año sin verano», con temperaturas tan bajas que muchos cultivos nunca llegaron a madurar. Entre 1629 y 1632, gran parte de Europa sufrió unas precipitaciones excesivas, seguidas de períodos de sequía. A la inversa, el norte de la India padeció una «sequía perfecta» en 1630-1631 seguida de unas inundaciones catastróficas en 1632. Todas estas regiones sufrieron espectaculares descensos de población.⁴

En la década de 1630 el tiempo mejoró algo, pero luego vinieron tres de los veranos más fríos registrados jamás en el hemisferio norte. La sequía y el frío atrofiaron el crecimiento de los árboles en todo el oeste de Estados Unidos entre 1640 y 1644, mientras que las Montañas Rocosas canadienses sufrieron una sequía severa y prolongada desde 1641 hasta 1653. Dado que prácticamente no cayó nada de lluvia en el valle de México en 1640, 1641 y 1642, el clero de Ciudad de México organizó procesiones con la Virgen de los Remedios, una imagen a la que se le atribuía una especial eficacia a la hora de atraer la lluvia, para

suplicar la intervención divina antes de que todos murieran de hambre (la primera vez que la imagen se había usado en la historia durante años consecutivos). A comienzos de 1642, John Winthrop, gobernador de la colonia de la bahía de Massachusetts, escribía:

La helada fue tan grande y continua este invierno que toda la bahía se congeló, tanto y durante tanto tiempo, que según refieren los indígenas, jamás habían visto nada igual en cuarenta años [...]. Hacia el sur, la helada era igual de extensa, y la nieve igual de abundante, y en la propia Virginia la gran bahía [Chesapeake] se congeló en gran parte, así como todos sus principales ríos.

Hacia el norte, los colonos ingleses de la costa de Maine se quejaban del «invierno más intolerablemente crudo», y les resultaba «increíble narrar el grado tan extremo al que había llegado la meteorología».⁵

Las anormales sequías también hicieron estragos al otro lado del Pacífico. La cosecha de arroz indonesia se malogró en 1641 y en 1642, y entre 1643 y 1671 Java experimentó la sequía más larga registrada en los pasados cuatro siglos. En Japón, las primeras nieves invernales cayeron en Edo (como entonces se conocía a Tokio) el 28 de noviembre, casi la fecha más temprana de la historia (la fecha media se sitúa en el 5 de enero), y tanto aquel año como al siguiente la primavera llegó inusualmente tarde. Según un folleto publicado en Filipinas en 1642, debido a la «gran sequía» sufrida en todo el archipiélago, «se teme una gran hambruna»; y dos años más tarde, un residente de Manila anotaba que, una vez más, «este año ha habido una gran hambruna entre los indios [filipinos] debido a que la cosecha de arroz ha sido muy escasa a causa de la sequía». En el norte de China, numerosas gacetas informaron de sequías en 1640, y al año siguiente, el Gran Canal, por el que se transportaban alimentos a Pekín, se secó por falta de lluvia (otro hecho sin precedentes); entretanto, los cronistas del valle del Bajo Yangtsé registraban una lluvia y un frío anormales durante toda la primavera de 1642.⁶

Los territorios en torno al Mediterráneo también sufrieron

una meteorología extrema por entonces. En marzo de 1640, un mensajero que llegaba a Estambul «con la nieve hasta las rodillas de los caballos» vivió «tal helada que por el camino cogí dos pájaros congelados con mi mano». Cataluña sufrió una sequía tan intensa en la primavera de 1640 que las autoridades declararon un día festivo especial para que la población pudiera hacer un peregrinaje al santuario local para pedir que lloviera, una de las únicas cuatro veces que esto ha ocurrido en cuatro siglos. En 1641, el nivel del Nilo fue el más bajo registrado nunca, mientras que los estrechos anillos de crecimiento visibles en árboles de Anatolia revelan una sequía desastrosa. En Estambul, en cambio, un cronista registraba que la lluvia había inundado áreas cercanas a Santa Sofía hasta el punto de que «las tiendas habían quedado destruidas bajo el agua»; mientras que en Macedonia, el otoño había sido de «tantas lluvias y nieve que muchos trabajadores habían muerto debido al intenso frío». A principios de 1642, el Guadalquivir se desbordó e inundó Sevilla, y los años de 1640 a 1643 fueron los más húmedos registrados en toda Andalucía.⁷

Más al norte, los hombres y mujeres de Inglaterra percibieron «extraordinarios desórdenes en las temperaturas en agosto de 1640, cuando la tierra parecía amenazada por la extraordinaria virulencia de los vientos y una abundancia de humedad poco habitual»; en Irlanda, las heladas y la nieve caídas en octubre de 1641 iniciaron lo que algunos contemporáneos de la época calificaron como «el invierno más crudo vivido en varios años en Irlanda».⁸ Hungría experimentó un tiempo inusualmente húmedo y frío entre 1638 y 1641, mientras que las repetidas heladas devastaron las cosechas en Bohemia. En los Alpes, los insólitamente estrechos anillos de los árboles reflejan un crecimiento escaso en las épocas de cultivo a todo lo largo de la década de 1640, mientras que el registro de títulos de propiedad revela la desaparición de campos, fincas agrícolas e incluso pueblos enteros a medida que los glaciares avanzaban hasta dos kilómetros más allá de sus posiciones habituales (el avance más grande producido nunca). En el este de Francia, entre 1640 y 1643, las cosechas de uva comenzaron un mes entero más tarde de lo normal, y los precios de los cereales se dispararon, lo que indica la escasa recolección. En

los Países Bajos, a todo lo largo del río Mosa, las inundaciones causadas por el deshielo a principios de 1643 generaron «la mayor desolación que quepa imaginar: casas desvencijadas o caídas, y personas y animales muertos junto a los setos. Incluso en las ramas de los árboles más altos se encontraron algunas vacas, ovejas y pollos». En Islandia, el insólito frío y las lluvias constantes arruinaron las cosechas de heno, y en 1640 los agricultores tuvieron que recurrir al pescado seco para alimentar al ganado. Lo que quizá sea más sorprendente de todo, un soldado que prestaba servicio en Alemania central registraba en su diario en agosto de 1640 que «en aquel momento hacía tanto frío que casi morimos dentro de los cuarteles, y en la carretera encontramos de hecho a tres personas muertas por congelación: un jinete, una mujer y un muchacho»; y 1641 continúa siendo el año más frío registrado nunca en Escandinavia.⁹

Los datos del hemisferio sur revelan una aberración climática similar. En Chile, la sequía de la década de 1630 llevó al inquisidor jefe a disculparse ante sus superiores por no poder enviarles ninguna recaudación de multas y confiscaciones porque «en estos tres años [1637, 1638 y 1639] no se ha cobrado blanco por las secas»; en tanto que los glaciares, los anillos de los árboles y los depósitos de carbono-14 indican que en la Patagonia, la meteorología fue significativamente más fría en la década de 1640.¹⁰ En el África subsahariana, una grave sequía afectó a Senegambia y el Alto Níger entre 1640 y 1644; en tanto que los registros angoleños dejan constancia de una insólita concentración de sequías, plagas de langosta y epidemias durante todo el segundo cuarto del siglo XVII, así como una importante sequía y hambruna en 1639-1645.

La década finalizó con otro brote de meteorología extrema en todo el hemisferio norte. En 1648, en la isla de Wight, al sur de Inglaterra, un hacendado local lamentaba que «desde el primero de mayo hasta el 15 de septiembre, apenas han pasado tres días seguidos sin llover» y cuando un visitante le preguntó «si ése era el tiempo habitual en nuestra isla, yo le dije que en estos cuarenta años jamás había visto nada igual». Mientras, en Escocia, «las abundantes y largas lluvias caídas durante muchas semanas, au-

guraban en efecto la hambruna», y produjeron «una escasez de maíz como no se recuerda otra en Irlanda, y una hambruna tan terrible que ya ha acabado con la vida de miles de personas entre los más pobres». ¹¹ Al invierno siguiente, el río Támesis se heló hasta el puente de Londres, y la barcaza que transportaba el cadáver de Carlos I a su lugar de descanso definitivo, tras su ejecución a principios de 1649, apenas pudo sortear las placas de hielo flotantes sobre el río. Otras partes del noroeste de Europa también sufrieron precipitaciones inusuales aquel año —226 días de lluvia o nieve según una meticulosa serie de registros procedentes de Fulda, Alemania, en comparación con el límite máximo de 180 días correspondiente al siglo xx— seguidas de un «invierno que duró seis meses». En Francia, la pésima meteorología retrasó la cosecha de la uva a octubre en 1648, 1649 y 1650, y elevó los precios del pan a su nivel más alto en casi un siglo, en tanto que las inundaciones anegaron el centro de París durante gran parte de la primavera de 1649. En China, el invierno de 1649-1650 parece haber sido el más frío del que se tiene constancia. ¹²

La década de 1650 no supuso ninguna tregua. En la República de Holanda, fue tanta la nieve caída en marzo de 1651 que el funeral de Estado del estatúder Guillermo II tuvo que aplazarse debido a que los dolientes no podían llegar a La Haya, y luego la combinación de nieve derretida y una sucesión de tormentas causaron las peores inundaciones sufridas en ochenta años en las regiones del litoral. A lo largo del Vístula y del Sena las inundaciones también fueron catastróficas. En cambio, 1651 fue el año de la sequía más larga registrada en el Languedoc y el Rosellón, las tierras mediterráneas fronterizas entre Francia y España: 360 días, es decir, casi un año entero. En los Balcanes, en la primavera de 1654, «nevó abundantemente, [y] la nieve cubrió el suelo hasta Semana Santa. Nunca antes he visto tantas tormentas de nieve y hielo, humedad y frío». Incluso «el aceite de oliva y el vino se hielan en las jarras». Inglaterra experimentó una «inusual sequía, que nos ha acompañado algunos años, y que todavía continúa y nos asedia todavía más, amenazando con hambrunas y mortandad»; por su parte, en 1658, John Evelyn opinaba que él y sus compatriotas habían pasado «el invierno más crudo que ningún

hombre vivo haya conocido en Inglaterra: las patas de los cuervos se helaban sobre sus presas; peces y aves quedaron encerrados dentro de islotes de hielo, así como algunas personas en sus barcas». ¹³

El mismo «histórico invierno» de 1657-1658 afectó a otras partes del hemisferio norte. En la costa atlántica americana, la bahía de Massachusetts se heló, mientras que el río Delaware se congeló hasta tal punto que los ciervos podían cruzarlo corriendo. En Europa, la gente cabalgaba sobre el hielo del Danubio en Viena, del Meno en Fráncfort y del Rin en Estrasburgo, en tanto que el tráfico de barcazas por los ríos y canales de los Países Bajos fue sustituido por el de los trineos. El canal entre Haarlem y Leiden permaneció helado 63 días. Un embajador suizo que regresaba a su casa desde Edirne (la Turquía «europea» moderna) comentó en febrero de 1658 que hacía tanto frío que incluso las aves migratorias se habían dado la vuelta, «para asombro de todo el mundo»; mientras que el Báltico se congeló tanto que un caballo y un carro podían pasar fácilmente de la desembocadura del Vístula en Dánzig a la península de Hell, y el ejército sueco con toda su artillería marchó treinta kilómetros sobre el estrecho de Dinamarca, de Jutlandia a Copenhague. Inevitablemente, la primavera siguiente, cuando la nieve y el hielo se derritieron, las inundaciones fueron desastrosas: el Sena volvió a inundar París y otras muchas ciudades, mientras que los diques de los Países Bajos se rompieron en veintidós puntos diferentes. Lieuwe Van Aitzema, el historiador oficial de la República de Holanda, dedicó dos páginas de su crónica a los extremos acontecimientos climáticos ocurridos en Europa durante 1658: «Un año en el que el invierno fue tan crudo y severo al principio como al final.» ¹⁴

El siglo XVII no sólo vivió acontecimientos climáticos extremos, sino también una inusual concentración de ellos. De las 62 inundaciones del río Sena registradas en París y sus alrededores, dieciocho tuvieron lugar en el siglo XVII. En Inglaterra (y probablemente en otras partes del noroeste de Europa), «el mal tiempo arruinó las cosechas de maíz y de heno durante cinco años a partir del otoño de 1646», y entre 1657 y 1661 se produjeron otras cinco malas cosechas seguidas. Dicho de otro modo, se malogra-

ron diez cosechas en el espacio de dieciséis años. Las regiones del Egeo y del mar Negro experimentaron la peor sequía del último milenio en 1659, seguida de un invierno tan riguroso que a la altura de Girugiu (300 kilómetros hacia el interior desde el mar Negro) el Danubio se congeló tanto en una sola noche que el ejército otomano marchó sobre el hielo hacia Rumania, «asolando todas las aldeas y sin dejar ni una brizna de hierba ni persona viva en ninguna parte». Un oficial anotó en su diario que, gracias a la guerra y a la meteorología, «Transilvania nunca había conocido tanta miseria como el año pasado [1660]». ¹⁵ Las extremas condiciones meteorológicas continuaron en toda Europa. Las placas de hielo cubrían el Vístula con una frecuencia insólita; en marzo de 1667, un barco que entraba en el río Elba se encontró con «montañas de hielo que bajaban por el río» y, a pesar de utilizar «largas pértigas para apartar el hielo» toda la noche, «con la luz del día nos encontramos con una montaña de hielo frente a nosotros», mucho más alta que el propio barco. En 1675, gran parte del hemisferio norte pasó un «año sin verano». El hielo flotante se acumuló repetidamente y llegó a congelar el Támesis durante las décadas de 1660 y 1670, y de forma más espectacular aún en 1683-1684, cuando «se ha formado toda una calle, llamada la calle ancha, sobre el Támesis, desde Temple hasta Bear Garden, y se han instalado puestos de venta, y por ella pasean a veces varios miles de personas a la vez». Durante seis semanas, la multitud asistió a «varios combates entre perros y toros» y «todo tipo de diversiones sobre el río Támesis». ¹⁶

En Polonia, las heladas hicieron acto de presencia varios días a lo largo de los veranos de 1664, 1666 y 1667, y durante 109 días en el año que va de 1666 a 1667 (comparado con la media de 63 días que mantiene en la actualidad). Más hacia el sur, en Moldavia, en el verano de 1670...

las terribles inundaciones, frecuentes chubascos e intensas lluvias no pararon durante tres meses seguidos, destruyendo el trigo, la cebada, la avena, el mijo y todo tipo de cultivos. Al estar cubiertos de agua y sufrir excesiva humedad, dichos cultivos no maduraban ni podían retener las semillas. Tampoco la hierba ni las semillas

herbáceas de los campos de heno crecían, debido al hielo y a la lluvia, o, si lo hacían, la cosecha no podía recogerse [porque] el sol no calentaba ni secaba la tierra.

En 1686, un ingeniero militar que estaba de campaña en lo que actualmente es Rumania, se quejaba de que «desde hace tres años ya, no he visto caer ni una gota de lluvia». Los lagos y los ríos se secaron, y «en la tierra de los pantanos, las grietas son tan profundas que dentro cabría un hombre de pie [...]. Dudo que haya otro ejemplo de una sequía tan terrible y prolongada». ¹⁷ En Rusia, los anillos arbóreos y los datos del polen y los depósitos de turba demuestran que las primaveras, otoños e inviernos entre 1650 y 1680 fueron algunos de los más fríos de los que se tiene constancia; y, en China, los inviernos entre 1650 y 1680 constituyeron el período más frío registrado en los valles de los ríos Yangtsé y Amarillo durante los dos últimos milenios. Por último, en África, según un viajero turco de la década de 1670, «nadie en Egipto sabía lo que era vestirse con pieles. No había invierno. Pero ahora tenemos inviernos muy severos y hemos empezado a usarlas debido al frío». Entretanto, en el Sahel, la sequía de la década de 1680 fue tan extrema y tan extendida que el lago Chad descendió al nivel más bajo del que existe constancia hasta la fecha. ¹⁸

Dos hechos de estos años siguen reflejando con extraordinaria claridad el clima inusualmente frío que los marcó. En primer lugar, las anormales heladas y nevadas dieron lugar al popular género de los «paisajes invernales» entre los pintores holandeses. En segundo, la madera de la parte trasera de los incomparables violines fabricados por Antonio Stradivari de Cremona, en el norte de Italia, muestran claramente unos anillos de crecimiento muy estrechos, lo que indica la insólita sucesión de veranos fríos durante el siglo XVII, que atrofió el crecimiento de los árboles con los que trabajaba.

Esta meteorología tan anormal llevó a algunos contemporáneos de la época a sospechar que estaban viviendo un importante cambio climático. En junio y julio de 1675 (el segundo «año sin verano» del siglo), la conocida aristócrata parisina madame de Sévigné se quejaba a su hija, que vivía en la Provenza: «Hace un frío

horrible, tenemos todas las chimeneas encendidas como tú, lo cual es sin duda extraordinario»; y especulaba que «al igual que tú, pensamos que el comportamiento del Sol y de las estaciones ha cambiado». Una generación más tarde, el emperador Kangxi, que recopilaba y estudiaba los informes meteorológicos de toda China, señalaba cómo «el clima ha cambiado». Por ejemplo, apuntaba su majestad, «en Fujian, donde antes no solía llover, desde el principio de nuestra dinastía [1636], sí lo hace».¹⁹

La búsqueda de chivos expiatorios

La población de principios de la Edad Moderna tenía buenas razones para vigilar y temer el cambio climático. En la elocuente valoración del historiador Thomas C. Smith:

La agricultura, con sus labores asociadas, era la principal ocupación y prácticamente la única fuente de ingresos para la mayoría de las familias, y sus ritmos definían el ciclo anual de trabajo, descanso y culto religioso. Las graves variaciones anuales en la cosecha repercutían en toda la vida familiar, determinando si la familia comía bien o escasamente, si los ancianos podían sobrevivir a otro invierno, o si una hija podía casarse.²⁰

Por consiguiente, tanto hombres como mujeres buscaban ansiosamente explicaciones.

Muchos atribuían los desastres naturales a la contrariedad divina. En China, las abundantes y prolongadas nevadas de 1641-1642 convencieron al erudito Qi Biao de que «el cielo está extremadamente enfadado»; poco tiempo más tarde, el emperador Kangxi afirmaba que «si nuestro gobierno no lo hace bien en la tierra, el cielo responderá enviándonos calamidades»; en tanto que una canción folclórica china de este período reprochaba al Señor de los Cielos la catastrófica situación:

*Viejo Señor de los Cielos, te estás haciendo mayor,
tus oídos están sordos, tus ojos se han ido.
No puedes ver a la gente, no escuchas sus palabras.*

*Gloria a los que matan e incendian;
para los que ayunan y leen las escrituras,
sólo hay hambre.*

En el mismo tono, un jesuita que vivía en Filipinas especulaba con que la erupción simultánea de tres volcanes en 1641 significaba que «acaso la divina providencia nos quiere significar alguna cosa, como es avisarnos de algún castigo venidero, tan merecido por nuestros pecados, o de la pérdida de algún reyno, efectos de divina indignación».²¹

Estas afirmaciones reflejaban la perspectiva *pecatogénica* imperante (de *peccatum*, la palabra latina para «pecado»): los desastres, incluidas las derrotas militares, así como el mal tiempo y las hambrunas, se atribuían a la mala conducta de los humanos. Una circular escrita por un recién nombrado presidente del Consejo de Castilla, el ministro responsable de todos los asuntos internos del Reino en 1648, lo ejemplifica muy bien: «La causa principal de las calamidades que padecen estos reynos son los pecados públicos y las ynjusticias que se hazen [...] el medio más principal para obligar a Dios Nuestro Señor a los aciertos que tanta neçesita esta Monarquía es administrar justicia con toda rectitud y brevedad» y suprimir todos los pecados públicos.²² En Alemania, en la década de 1630, los magistrados protestantes de Núremberg ordenaban a los ciudadanos evitar el desagrado divino mostrando moderación en la comida, la bebida y la vestimenta, y absteniéndose del placer sensual (especialmente si estaba relacionado con el adulterio, la sodomía o la danza). Por el mismo motivo, su católico vecino Maximiliano de Baviera dictó una serie de órdenes por las que prohibía la danza, el juego, la bebida y el sexo fuera del matrimonio; limitaba la duración y el coste de las celebraciones de bodas; prohibía a las mujeres usar faldas que dejaran ver sus rodillas; proscribía el baño de hombres y mujeres juntos, y prohibía frecuentemente las fiestas de carnaval y *Fastnacht*. La misma lógica se aprecia en un edicto emitido por el Parlamento inglés en 1642: